

REFLEXIONES FINALES DE UN CENTENARIO

José CERVERA PERY
Director de la *Revista de Historia Naval*

Para muchos 1998 ha pasado como un año cualquiera, con los aspectos negativos de que España fue apeada de buenas a primeras del mundial de fútbol y la grata noticia de que hay un astronauta español puesto en la órbita espacial, lo cual no sucede todos los días. Para los menos, es el año en que se ha recordado —que no conmemorado— el centenario de la pérdida de los últimos reductos ultramarinos españoles, y los desastres navales de Cavite y Santiago de Cuba, con la Marina como gran sacrificada. Para el que esto escribe es el momento para una reflexión meditada y vivencial, porque los hechos del pasado con el tiempo reverdecen y se renuevan, y recompensan con generosidad la inquietud de quien los revive; aunque el sentido común nos diga que su conmemoración no puede ser otra que una llamada de atención, un seco aldabonazo, en el dintel del siglo XXI.

Permítaseme pues el recorrido un poco a trasmano de una revisión histórica, a través del encuentro finisecular que tanto condicionó a nuestros antecesores decimonónicos en aquel siglo de búsquedas y hallazgos, que fue un perseguir constante de la identidad nacional tantas veces quebrada por pronunciamientos y asonadas, y rematada duramente por una realidad innegablemente desoladora.

Diferentes son las interpretaciones que se han hecho sobre el tema concreto del 98, o sobre aspectos desglobalizados, con toda su carga lesiva de conductas o actitudes. ¿Qué se ha intentado o intenta transmitir con ello? ¿Qué valoración puede dársele casi en las esquinas del siglo XXI? Es un tópico creer que el pasado es forzosamente el fundamento del presente, pero es evidente que si existe un hoy, es porque ha existido un ayer, y el hoy de nuestro tiempo ha de ser el fundamento del mañana. El pasado, por tanto, recibe los elogios o las críticas desde el presente y con la suficiente perspectiva para calibrar o discernir. Para algunos las causas serán de mayor gravedad que sus efectos; para otros, las consecuencias están muy por encima de los planteamientos. Ambos razonamientos serán válidos a la hora de medir sus valoraciones y sus alcances.

El fin de siglo dejó en España y en los españoles una huella indeleble de múltiples aristas; en él se produjeron las conmociones más profundas y decisivas que marcaron durante muchas décadas el destino de España. Y no puede ser contemplado a la ligera desde el cómodo recurso de pasar la página. Fueron años de inercia mental, de oscuras sensibilidades complicadas desde el punto de vista político, pero que cuestionan también el sistema de valores imperantes en determinadas parcelas de la vida nacional, ¡y la Marina supo mucho de ello!

Es cierto que el mayor o menor conocimiento de un hecho histórico está en relación directa con los puntos de referencia que se utilicen. El análisis del centenario nos lleva inevitablemente a sentirnos inmersos en él. Es necesario asumir el compromiso que nos deja su recuerdo y reflexionar prudentemente sobre una discutida y discutible interpretación histórica.

En el torcido itinerario hacia la catástrofe nacional, la incompetencia de algunos, el egoísmo de otros y la frivolidad negligente de los hombres públicos permitió el sentir equívoco de la distorsión y el recelo. Lo que al principio surgió de un tono alegre y despreocupado, de inconsciente optimismo, se trocó en pesimismo arrollador. De aquel entusiasmo desbordante se pasó en muy poco tiempo al más sobrecogedor desaliento. A contrapelo de la actitud timorata mantenida por el Gobierno tras el error estratégico del envío de la escuadra de Cervera a Cuba, el pueblo expresó con violencia sus sentimientos cuando alcanzó a medir la cuantía del desastre, y el temor a que afectara a las más altas instituciones de la nación pudo hacerse realidad de haber contado con una orquestación adecuada. La Marina, entonces con graves cargos sobre sus espaldas, fue ofrecida también en bandeja como pararrayos de las iras populares a las que el Gobierno ni supo ni pudo oponerse. La gran sacrificada en la guerra también habría de serlo en aquella paz huraña y hosca que nos dejaba el Tratado de París. Pero a la hora de las reflexiones de los cien años poco parece haber contado.

La pérdida de las Antillas, a las que Humboldt había calificado ¡como lo más hermoso del mundo!, y del resto de los dominios ultramarinos, donde en un tiempo no se ponía el sol, supuso la rotura del espejo de una nación vuelta de espaldas a su propia realidad, aislada en sus frustraciones, negada a cualquier milagro. Como ha escrito Rubio Cordón, éramos «una dispersión invertebrada» que ni se conoce a sí misma, ni tiene conciencia de sí misma, ni tan siquiera la fe necesaria en el intento de reanimación cultural que siguió al desastre, en la activación de nuevos rumbos para la recuperación del mermado espíritu español.

Las autonomías previstas por Prim, Pi i Margall, e incluso la de Maura, aplicadas a tiempo, pudieron haber evitado la dolorosa conflagración y la pérdida de hombres y de barcos, y habrían planteado a los Estados Unidos otra estrategia de apropiación de la isla cubana. La decretada por Sagasta —tan entusiastamente apoyada por Moret— llegaba tarde y hacía buenas las palabras de un corresponsal de guerra llamado Winston Churchill: «¡Qué desgraciados se sienten los españoles ante la idea de perder Cuba!».

Si por magia se entiende el arte de transformar las cosas, los políticos y hombres públicos del 98, al igual que un buen censo de periodistas, debieron ser investidos magos, porque no pudieron dar una visión más equívoca de los hechos, y con su triunfalismo irresponsable arrastraron a toda la nación a la humillación de la derrota. Pero tampoco es menos cierto que nadie parecía temer la guerra; los audaces intempestivos echaban su bravatas inconscientes: «¿Que los Estados Unidos quieren la guerra? pues vengan en buena hora, que a quien supo derrotar a los ejércitos de Napoleón poco le asusta McKinlay», e

incluso el mismo pueblo, aquel que ofrecía como nadie su sangre en defensa del honor patrio, el pueblo humilde que no conocía en su existencia más que la dureza inclemente de un trabajo de sol a sol con salarios de hambre, el pueblo cuyos mozos no se libraban de cruzar el Atlántico por mil quinientas pesetas, tampoco temía la guerra.

¿Qué nos deja el recuerdo de aquel 98, que se abrió con el orto iluminado de la esperanza y se cerró con el ocaso imborrable de la decepción? Desfiles patrióticos a la ida bajo los alegres sonos de la Marcha de Cádiz; regresos silenciosos casi a escondidas, sin notas musicales que los animen. La triste estampa de los hombres, aún con el traje de rayadillo desgarrado, que deambulan como fantasmas por las ciudades de los puertos de arribada y que en ocasiones no tienen ni para una taza de café. ¿Es que hay también que conmemorar tan triste imagen? Seamos serios.

Corridas de toros. Válvulas de escape para un pueblo desengañado. Brindis patrioterros del Guerra, Fuentes y Bombita. «¡Ojalá fuera este miura un yanqui para meterle esta *espá* por el hoyo de las agujas!». También sienten como españoles los ídolos de la fiesta nacional, y ser español en esas fechas es sentir odio y desprecio por los «tocineros».

En el Congreso el calor sofocante hace que Sagasta se enjague repetidamente el rostro con un pañuelo y alguien le recuerda que más ardiente será el clima de la manigua; también toma pastillas de cafeína para aliviar su agitado corazón y los azucarillos disuelven en los diputados los sinsabores de las noticias. Moret, que pretendía conservar sus papeles íntimos para que la historia lo absolviera, los terminó quemando en su despacho. Los intelectuales de la trágica generación —que después creará escuela— afilan sus plumas y templan sus voces para el reproche y el rechazo, y los periódicos siguen vendiendo sus críticas y sus lamentos. En Palacio, la reina María Cristina clausura su piano favorito mientras acaricia la cabeza del Rey niño, que viste con ingenua sonrisa y rubios bucles un traje de marinero.

Sigamos al hilo de los recuerdos para que la reflexión tenga después su debate íntimo: la multitud que aplaudió a Isaac Peral cuando realizó sus pruebas en la Caleta, en Cádiz, era la misma que años más tarde —abril del 98— acudía a la misma rada a aplaudir y alentar a una parte de nuestros buques de guerra que se dirigían a Cuba en obediencia a las disposiciones del Gobierno. Al frente de los mismos el capitán de navío Fernando Villaamil, con una flota de torpederos y destructores, partía dispuesto a atravesar el océano. Aquello ya era una hazaña, pues aquellos barcos ligeros habían tenido siempre como misión la vigilancia de las costas y no efectuar grandes travesías. La rapidez de los destructores y su buen manejo había impresionado gratamente al público, que no cesó de aplaudir y augurar al marino Villaamil una feliz travesía. Pocos días más tarde también habría de repetirse la escena con la salida del almirante Cervera y sus dos cruceros, *Infanta María Teresa* y *Colón*, arrumbados al holocausto. Los versos, ciertamente ripiosos, con los que el poeta despidió a los barcos parecían premonitorios:

Barcos que en marcha constante
vais al mar ganando millas
la nación va en vuestras quillas
Barcos de la patria, ¡avante!
El pueblo en ansia anhelante
os ve a la gloria marchar.
Si no la habéis de ganar
¡no volváis! ¡Reste el honor!
Dios os preste su favor
barcos que vais por el mar.

Y los barcos no volvieron porque fueron sacrificados *con plena conciencia*, y todavía están por desentrañar muchas de las ocultas razones del sacrificio. La España de la rabia y de la idea sólo supo la verdad a medias. El capitán general de Cuba, Blanco, recibió la orden del Gobierno de que la escuadra saliera de Santiago, sin discutir y sin medir las consecuencias, que de antemano se sabía cuáles habrían de ser. El honor se impuso sobre todas las cosas. El almirante Cervera —aquel aguafiestas para los ministros Bermejo y Auñón— sabía perfectamente cuál era la situación y la había expuesto reiteradamente. No se le hizo caso y no se equivocó. Unos tras otros los buques españoles, inferiores en número y tonelaje —aunque algunos «estrategas» actuales se empeñen en lo contrario—, y con una artillería muy por debajo de los norteamericanos, fueron sacrificados. Fidel Castro lo ha resumido muy acertadamente: «Aquello no fue el combate de una escuadra contra una escuadra, sino de un barco tras otro, obligados a desfilar frente a la poderosa escuadra norteamericana en un sacrificio inútil». Por eso, para el presidente cubano, el vencedor moral de aquel combate fue el almirante Cervera y no sus homónimos norteamericanos... Pero, ¿qué cuentan las victorias morales frente a la fuerza material que las aflige y desdibuja?

Todavía se advertía alguna reacción antes de surgir el estado cataléptico de la indiferencia: Weyler puso el dedo en la llaga: «Sostener el actual Gobierno es sencillamente caminar al abismo. Fracasado, humillado, aborrecido de la opinión pública, cada momento que pase constituye un serio peligro para las instituciones y, lo que es más grave, para el honor de España». Pero ese mismo Gobierno, hundido y desacreditado, fue el que negoció la vergonzosa paz a través del embajador de Francia en Washington. Sin embargo, nuestro ejército en Cuba, en una decisión que le honra, se oponía a deponer las armas sin haber apenas combatido, y Sagasta y su equipo ministerial tuvieron que apelar a toda su autoridad, bastante deteriorada, para que los combatientes obedecieran, tragándose su desacuerdo en sorbos de mal contenida rabia.

Dolía mucho más la pérdida de Cuba que la de Filipinas, más lejana, más olvidada, más incomprendida, y en la que la desasistida y rancia marina del arsenal de Cavite fue también aniquilada en un cómodo ejercicio de tiro al blanco. Pero en aquellos mares de plañidera retórica se oía la voz de Castelar: «Necesitaríamos las quejas de Job y los plañidos de Jeremías (siempre los

pasajes bíblicos presentes en el tribuno gaditano) para llorar nuestras desgracias. Manila encendida y puesta en trance de muerte por el infame ayuntamiento de los yanquis voraces con los tagalos rebeldes; cortadas las comunicaciones entre la metrópoli y el archipiélago; faltar éste de todo recurso y desesperado de todo auxilio; sumergidas en el mar o acaparadas por la violencia nuestras naves, factores capitales de la defensa nacional; prisioneros o muertos los marinos; rotas las navales máquinas a que fiáramos nuestra salvación y en que consumiéramos nuestros ahorros...».

Pero don Emilio no puede soslayar la cuestión de Cuba, y cuando Sagasta, antes de entablar las negociaciones de paz, quiere conocer la opinión de los más conspicuos políticos, le expresa su opinión de esta manera: «Bien es verdad que en la cuestión de Cuba podemos decir lo que dijo el poeta en la crucifixión de Cristo: todos en él pusisteis vuestras manos. Si contribuyeron los radicales a perdernos con locas impaciencias, no contribuyeron menos los reaccionarios a perdernos por su parte y a su vez con ciegas resistencias. Si todo el mundo llega por cualquier evento a empeñarse en decirnos que estáis enfermos, enfermos caeréis siquiera tengáis la más florida salud del mundo. No se podía proponer una reforma en Cuba sin que fuese tachada por los incondicionales de antipatriótica. No podía surgir un reformador sin que inmediatamente se le tildase de antiespañol. Cuando se necesitaba un partido allí verdaderamente demócrata y conservador a un tiempo capaz de conjurar las maniobras americanas y las propensiones separatistas existía un partido intransigente, irreconciliable por naturaleza con sus adversarios creando facciones a toda colectividad opuesta por cualquier motivo a sus odios, y llamando faccioso a cualquier ideal animado por el éter y la electricidad del progreso. A todos cuantos resisten fuera de la medida con ceguera y violencia les sale sin remedio el tiro por la culata, y lejos de cazar sus presas se cazan a sí mismos. Los incondicionales ayudaron al propósito de los separatistas a convertir la evolución en revolución...».

No le faltaba ciertamente razón al último presidente de la Primera República española y gaditano ilustre. Pero los parches no eran capaces ya de zanjar el grano. Las soflamas patrióticas y zarzueleras, tan en boga en aquel verano trágico; las suscripciones populares para la compra de barcos, que tanto hablaron de la generosidad del pueblo llano y la cicatería de la clase política; los escapularios y los puros —combinación de espíritu y materia— ofrecidos a los soldaditos que partían por las damas de buena sociedad; las caricaturas de los tocineros o del larguirucho Tío Sam, con su chistera de barras y estrellas y su barba de chivo..., todo era ya agua pasada que no movía molino. Toda una interpretación de aquella vida del 98, estrecha, famélica y triste, que pasó del entusiasmo al desaliento, del estímulo a la apatía, del orgullo a la indignación. Si el país entonces no se lanzó a la revolución es porque realmente se hallaba anémico, pero es indudable que tras las sangrías de Cuba y Filipinas se apuntalaron las bases para que otras fuerzas sociales y políticas, hasta entonces meramente presenciales, irrumpieran con fuerza en la vida nacional... El divorcio que entonces se produce entre la nación y el Estado da también un

buen motivo para la reflexión. La falta de confianza en personas e instituciones es total y cada uno se encierra dentro de sí en busca de propias soluciones. Y como el ave fénix de las leyendas, algunos intentarán un proceso de revitalización y revisión de todo el pasado inmediato y remoto de España.

* * *

Todo lo hasta aquí expuesto responde a criterios personales de interpretación del 98 de hace cien años, pero no sería consecuente conmigo mismo si no dejara siquiera esbozadas algunas reflexiones de actualidad al cumplirse el centenario. De cómo *he visto* y *he vivido* la conmemoración, y cuáles son las consecuencias y las deducciones que de ella extraigo.

Aunque en su momento se creó una comisión nacional conmemorativa, con participación de los más diversos estamentos de la nación, la realidad es que ha habido demasiada dispersión en las acciones y demasiada desconexión en los actores (y son opiniones estrictamente personales). Las universidades han actuado un mucho por su cuenta en su programación, lo cual no es ilógico, ya que cuentan para ello con la necesaria autonomía, pero la temática a tratar ha sido en muchos casos reiterativa y particularizada. Y como hace cien años, la Marina y su heroica trayectoria ha sido la gran olvidada. En la mayoría de los foros ha habido mucho García Lorca y mucha generación del 98 y muy poco Villaamil, Lazaga o Cadarso, por citar a los que murieron a bordo de sus buques en el cumplimiento del deber. Se ha prestado también poca atención, como si fuera un pasaje molesto, al tema de los repatriados y las penosas condiciones en que volvían y eran recibidos, y las fechas del 1 de mayo o del 3 de julio pasaron prácticamente inadvertidas, en lo que al recuerdo religioso de una misa, o una simple ofrenda floral se refiere.

Se ha escrito y publicado, sin embargo, mucho durante el año, sobre todo en libros y ensayos periodísticos, y también la televisión ha traído el recuerdo a sus pantallas. No voy a invadir el terreno de los libros, que son objeto de otro artículo en este mismo número de la REVISTA, pero sí consignar que de todo el amplio escaparate finisecular, sólo dos se refieren concretamente a la acción naval: el del almirante Carlos Vila, *España y la Armada en las guerras de Cuba*, y —perdóneseme la inmodestia— el mío propio, *La guerra naval del 98: a mal planteamiento peores consecuencias*. Cierto es que la animosa Editorial San Martín ha reeditado *La escuadra del almirante Cervera*, de don Víctor Concas, pero es un libro sobradamente conocido, aunque no por eso deja de ser menos valorable. En cuanto al resto de los títulos, o dan versiones parciales —algunas con poca sujeción al rigor histórico— o se trata de simples refritos aprovechando la coyuntura. Destaco sin embargo un libro excepcional, el editado por los prestigiosos profesores Pedro Laín Entralgo y Carlos Seco Serrano (con la colaboración de Julián Marías), *España en 1898: las claves del desastre* que constituye el más acertado enfoque generalizado de la problemática noventayochista. También los periodistas Javier Figuero y Carlos Santa Cecilia vienen publicando día a día en el diario *El Mundo* la

crónica fiel de aquellos tristes hechos, que anteriormente habían condensado en un espléndido libro, *La España del desastre*. Aquí las referencias a la Marina son puntuales y tratadas con toda objetividad.

No han sido tampoco escasas las exposiciones de prensa, carteles e incluso de uniformes y objetos de las campañas, que han atraído la curiosidad de muchos españoles poco habituados a estas demostraciones, y que, sin duda, se habrán sentido más cerca de aquellas ingratas efemérides. El Museo Naval también abre diariamente sus puertas a la contemplación y el recuerdo, sobre todo en su sala dedicada a los avatares navales del siglo XIX, del que todavía queda tanto que aprender.

No tengo demasiadas noticias de cómo han transcurrido las conmemoraciones en Estados Unidos y Puerto Rico, aunque de la primera sí he podido consignar un amplio esfuerzo editorial. Pero sí he podido constatar el cariño y respeto que el pueblo cubano ha evidenciado hacia sus antiguos adversarios en el hermoso acto celebrado en Santiago de Cuba el 3 de julio pasado, con las banderas de España y Cuba hermanadas en lo más alto del Castillo del Morro; la ofrenda floral a los seis barcos hundidos; las salvas de veintiún cañonazos y los abrazos de tres descendientes del almirante Cervera con descendientes de Antonio Maceo, Calixto García y Máximo Gómez. ¿Cabe más hermosa reconciliación? Quizá haya pasado también demasiado inadvertida.

Por último, el Instituto de Historia y Cultura Naval, con el que me honro en colaborar a través de la dirección de esta REVISTA, sí mantuvo la atención a lo largo de todo el año con los dos seminarios programados en San Fernando y Pontevedra, en los que se afrontaron con decisión y valentía los más ingratos aspectos de la conflagración naval y sus trágicas consecuencias. También tiene prevista su participación en la semana que la ciudad de Medina Sidonia dedicará en homenaje al almirante Cervera, y testimoniará en sus Cuadernos Monográficos toda la gratitud y respeto que en consecuencia se debe a las armadas de Cuba y Filipinas.

Las exigencias temporales para la publicación de este artículo hacen que tenga que ir a la imprenta antes de que el año concluya su andadura, y cuando todavía hay programados actos como el de Cartagena, que contará con la presencia de Sus Majestades los Reyes de España, y posiblemente alguno más en el que la Marina sea esencial protagonista.

Ojalá que sea así y tengamos la cumplida referencia del desagravio. Y pienso modestamente, desde las coordenadas de la mejor intención, que bien pudiera haberse aprovechado el año para llevar al Panteón de Marinos Ilustres los restos de aquel bizarro capitán de la Marina Mercante, Manuel Deschamps, que tanta historia hizo en Cuba, o los del heroico contra maestre José Casado Ferreiro, «que no dejó morir a aquel hombre envuelto en llamas». España debe a su memoria el tributo de su emotivo reconocimiento. Tal vez no sea demasiado tarde...